

Gabriel  
y Galán

p o e s í a



**CENTROS**  
colección,8

POESÍA

JOSÉ MARÍA GABRIEL y GALÁN

*prólogo*

EMILIA PARDO BAZÁN

*postfacios*

FELIPE NÚÑEZ

FERNANDO R. DE LA FLOR

EDITORIAL



DELIRIO

## ÍNDICE

- 11 **Prólogo** *Emilia Pardo Bazán*
- 39 **Castellanas**
- 41 El ama  
51 Castellana  
56 Lo inagotable  
59 Cuentas del tío Mariano  
63 Regreso  
74 Ganadero  
78 Puesta de sol  
80 Mi montaraza  
86 El poema del gañán  
96 Presagio  
100 Del viejo, el consejo  
103 Canción  
107 Invitación  
110 Surco arriba y surco abajo  
114 A su majestad el rey  
118 Brindis  
127 De ronda
- 133 **Nuevas Castellanas**
- 135 Las repúblicas  
142 Los sedientos  
146 Treno  
148 El barbecho  
152 Noche fecunda  
155 ¡Trisca, vaquerillo!

157	¿Qué tendrá?
159	Las sementeras
164	Canto al trabajo
169	Mi música
175	La montaña
180	Un don Juan
185	Los dos soles
188	El arrullo del Atlántico
194	La balada de los tres
198	Ana María
213	A correo vuelto
216	La Galana
219	El amo
220	Canción
225	Dos nidos
228	La tregua
233	<b>Extremeñas</b>
235	El Cristu benditu
242	Varón
247	El embargo
249	La embajadora
252	El desahuciado
256	Sibarita
257	Los postres de la merienda
261	El desafío
264	Cara al cielo
269	Bálsamo casero
272	Campos vírgenes
274	La Cenéfica
278	La Jedihonda
282	La fabla del lugar

287	Plétora
289	El cantar de las chicharras
294	A Plasencia
299	Las represalias de Pablos
305	<b>Religiosas</b>
307	Inmaculada
315	Adoración
319	La pedrada
324	Desde el campo
328	Del charrete al baturrico
331	La Virgen de la Montaña
339	Almas
340	Soledad
345	Fe
349	Ciegos
352	Las sequías
355	Alegórica
357	Vamos a esperarlos
360	El catecismo
362	En todas partes
365	Vocación
372	Las sublimes
374	A solas
378	Bodas de oro
383	Dolor
386	Mensaje
394	Deuda
396	El Cristo de Velázquez
399	A la definición dogmática de [la Inmaculada Concepción
405	A Teresa de Jesús

407 **Campesinas**

- 409 Fecundidad  
415 Una nube  
418 La espigadora  
423 La romería del amor  
431 La vela  
435 Mi vaquerillo  
438 Ara y canta  
443 La ciega  
446 El ramo  
450 La flor del espino  
455 ¿Por qué?  
458 Amor  
463 Idilio  
465 Elegía  
472 Los pastores de mi abuelo  
477 Tradicional  
481 Amor de madre  
488 Dos paisajes  
493 La jurdana  
496 Nocturno montañés  
500 Sortilegio  
503 Las canciones de la noche  
508 En la majada  
512 La presea  
524 La canción del terruño  
527 Confidencias  
531 Acuérdate de mí

535 **Primer postfacio** *Felipe Núñez*

537 **Segundo postfacio** *Fernando R. de la Flor*

## PRÓLOGO<sup>1</sup>

*Emilia Pardo Bazán*

No por modestia, sino por veracidad, digo que suelo ser mala prologuista. Lo contado de mi tiempo es la causa, pues no he de incurrir en la afectación de declararme incapaz de tornear un prólogo. Siempre alcanzada de tiempo, mis prólogos son rasguños. Pero en esta ocasión, tratándose de un poeta de la altura de José María Gabriel y Galán, sería caso de escribir largo y tendido. Hay clases en todo, y cuando pudiese perderse la noción de las diferencias entre los mortales, en los dominios del arte volveríamos á encontrarla.

Afortunadamente para mí, la tela del prólogo la tengo cortada en el discurso que leí en la memorable y solemne velada que la ciudad de Salamanca consagro al poeta, el día 26 de marzo de 1905. Si de aquel discurso reaparecen aquí conceptos y párrafos, será que no acertaré á expresar mejor que entonces las ideas formuladas en ellos.

Me atrevo, sin embargo, á indicar que, trazado ya aquel discurso, se confirmó mi admiración hacia el poeta, no solamente por la lectura de composiciones ó inéditas, ó insertas en periódicos de circulación reducida, sino muy principalmente por la contemplación de lugares, por la relación con personas, por esa mágica virtud del medio ambiente, que tanto ayuda á la comprensión de la obra de arte y de

---

1 Se ha respetado la puntuación original.

sentimiento; de la poesía, cuando es fiel trasunto del vivir. He pasado breves días en la tierra del autor de *Castellanas*, inolvidables días en que recibí tan halagüeñas impresiones que á esperarlas nunca me hubiese atrevido, y mediante el estímulo de la simpatía (que auxilia para comprender, mientras la antipatía es ciega), me he penetrado mejor de cuanto expresó y sintió el intérprete leal de la religión y la raza.

Una carta no más, muy extensa, me escribió el poeta charro, poco antes de su muerte. Yo tenía de él noticias que luego diré, y deseaba adquirir otras, con objeto de utilizarlas para un artículo, encargo de *La Revue*, de París, acerca de los *poetas nuevos*, de la última nidada. Este solo dato hará comprender hasta qué punto es joven la fama de Gabriel y Galán. Mi curiosidad ha sido siempre madrugadora; ansio «ver venir» algo distinto de lo que ya conocemos... y en octubre de 1904 no sabía de Gabriel y Galán sino referencias encomiásticas de mi primo Fernando Maldonado, marqués de Trives —y lo que saldrá á relucir más adelante—.

Ahora, releyendo la carta del poeta, encuentro en sus folios una biografía que sustituirá á la que yo pudiese trazar sin tan sugestiva sencillez.

«Nací —dice— de padres labradores, en Frades de la Sierra, pueblecillo de la provincia de Salamanca. Cursé en ésta y en Madrid la carrera de maestro de primera enseñanza. A los diecisiete años de edad obtuve por oposición la escuela de Guijuelo (Salamanca) donde viví cuatro años, y después, por oposición también, la de Piedrahita (Ávila) que regenté otros cuatro años. Contraje matrimonio con una joven extremeña; dimité el cargo que desempeñaba, porque mis aficiones todas estaban en el campo, y en él vivo consagrado al cultivo de unas tierras y al cuidado y al cariño de mi

EL AMA\*

I

Yo aprendí en el hogar en qué se funda  
la dicha más perfecta,  
y para hacerla mía  
quise yo ser como mi padre era  
y busqué una mujer como mi madre  
entre las hijas de mi hidalga tierra.  
Y fui como mi padre, y fue mi esposa  
viviente imagen de la madre muerta.  
¡Un milagro de Dios, que ver me hizo  
otra mujer como la santa aquella!

Compartían mis únicos amores  
la amante compañera, la patria idolatrada,  
la casa solariega,  
con la heredada historia,  
con la heredada hacienda.  
Qué buena era la esposa  
y qué feraz mi tierra!

---

\* Poesía premiada con la flor natural en los Juegos Florales celebrados en Salamanca el 15 de septiembre de 1901.

¡Qué alegre era mi casa  
y qué sana mi hacienda,  
y con qué solidez estaba unida  
la tradición de la honradez a ellas!

Una sencilla labradora, humilde,  
hija de oscura castellana aldea;  
una mujer trabajadora, honrada,  
cristiana, amable, cariñosa y seria,  
trocó mi casa en adorable idilio  
que no pudo soñar ningún poeta.

¡Oh, cómo se suaviza  
el penoso trajín de las faenas  
cuando hay amor en casa  
y con él mucho pan se amasa en ella  
para los pobres que a su sombra viven,  
para los pobres que por ella bregan!  
¡Y cuánto lo agradecen, sin decirlo,  
y cuánto por la casa se interesan,  
y cómo ellos la cuidan,  
y cómo Dios la aumenta!

Todo lo pudo la mujer cristiana,  
logrólo todo la mujer discreta.

La vida en la alquería  
giraba en torno de ella  
pacífica y amable,  
monótona y serena...

¡Y cómo la alegría y el trabajo  
donde está la virtud se compenetran!

Lavando en el regato cristalino  
cantaban las mozueltas,  
y cantaba en los valles el vaquero,  
y cantaban los mozos en las tierras,  
y el aguador camino de la fuente,  
y el cabrerillo en la pelada cuesta...  
¡Y yo también cantaba,  
que ella y el campo hicieronme poeta!

Cantaba el equilibrio  
de aquel alma serena  
como los anchos cielos,  
como los campos de mi amada tierra;  
y cantaban también aquellos campos,  
los de las pardas onduladas cuestas,  
los de los mares de enceradas mieses,  
los de las mudas perspectivas serias,  
los de las castas soledades hondas,  
los de las grises lontananzas muertas...

El alma se empapaba  
en la solemne clásica grandeza  
que llenaba los ámbitos abiertos  
del cielo y de la tierra.

¡Qué plácido el ambiente,  
qué tranquilo el paisaje, qué serena  
la atmósfera azulada se extendía  
por sobre el haz de la llanura inmensa!

La brisa de la tarde  
meneaba, amorosa, la alameda,  
los zarzales floridos del cercado,  
los guindos de la vega,

las mieses de la hoja,  
la copa verde de la encina vieja...

¡Monorrítmica música del llano,  
qué grato tu sonar, qué dulce era!

La gaita del pastor en la colina  
lloraba las tonadas de la tierra,  
cargadas de dulzuras,  
cargadas de monótonas tristezas,  
y dentro del sentido caían las cadencias,  
como doradas gotas  
de dulce miel que del panal fluyeran.

La vida era solemne;  
puro y sereno el pensamiento era;  
sosegado el sentir, como las brisas;  
mudo y fuerte el amor, mansas las penas,  
austeros los placeres,  
raigadas las creencias,  
sabroso el pan, reparador el sueño,  
fácil el bien y pura la conciencia.

¡Qué deseos el alma  
tenía de ser buena,  
y cómo se llenaba de ternura  
cuando Dios le decía que lo era!

## II

Pero bien se conoce  
que ya no vive ella;  
el corazón, la vida de la casa

que alegraba el trajín de las tareas,  
la mano bienhechora  
que con las sales de enseñanzas  
buenas amasó tanto pan para los pobres  
que regaban, sudando, nuestra hacienda.

¡La vida en la alquería  
se tiñó para siempre de tristeza!

Ya no alegran los mozos la besana  
con las dulces tonadas de la tierra  
que al paso perezoso de las yuntas  
ajustaban sus lánguidas cadencias.

Mudos de casa salen,  
mudos pasan el día en sus faenas,  
tristes y mudos vuelven  
y sin decirse una palabra cenan;  
que está el aire de casa  
cargado de tristeza,  
y palabras y ruidos importunan  
la rumia sosegada de las penas.

Y rezamos, reunidos, el Rosario,  
sin decirnos por quién..., pero es por ella.  
Que aunque ya no su voz a orar nos llama,  
su recuerdo querido nos congrega,  
y nos pone el Rosario entre los dedos  
y las santas plegarias en la lengua.

¡Qué días y qué noches!  
¡Con cuánta lentitud las horas ruedan  
por encima del alma que está sola  
llorando en las tinieblas!